

Flores

CORDIAL



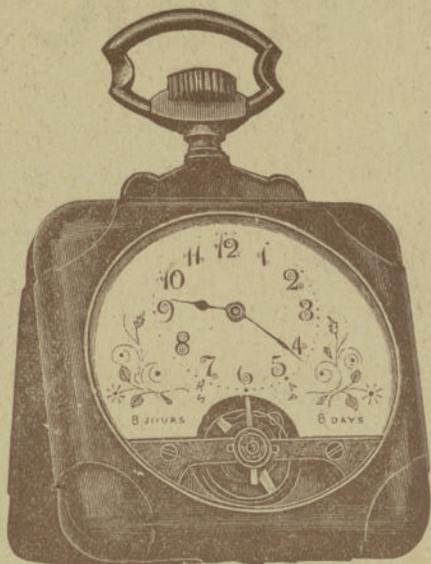
publica los domingos.

CARMEN COBEÑA
Biblioteca Regional de Madrid

15 céntimos

FABRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

Madrid, calle de Fuencarral, 27.



Remontoir, 19 líneas, áncora, ocho días de cuerda, caja forma cuadrada.

Núm. 461, acero oxidado, 50 ptas.

Núm. 461 a, metal plateado, 50 ptas.

La casa COPPEL garantiza la buena marcha de todos sus relojes acompañando á cada uno su CERTIFICADO DE GARANTIA

A PLAZOS

Al personal de la guardia civil y carabineros se les pasa cargo en cuatro plazos.

TALLER DE COMPOSTURAS

REMESAS A PROVINCIAS

Pídanse detalles y prospectos á la casa

COPPEL

ANTRACITA

PRECIADOS, NÚM. 24. MADRID

Establecimiento de carbones minerales de todas clases; el más surtido y económico.

PEDID NOTA DE PRECIOS

Se facilitan postales para hacer los pedidos.

ENVIOS A PROVINCIAS

PRECIADOS, núm. 24. (Frente á Capellanes)

ENFERMEDADES DEL PECHO

JARABE DE HIPOFOSFITO DE CAL

DE GRIMAULT Y Cia

Universalmente recetado por los médicos, es de gran eficacia en las enfermedades de los bronquios y del pulmón; cura los resfriados, bronquitis y catarros más tenaces, cicatriza los tubérculos del pulmón de los tísicos, suprime los sudores nocturnos, los ataques incansables de tos que desesperan á los enfermos y les devuelve rápidamente la salud.

PARÍS, 8, Rue Vivienne y en todas las farmacias.

Desconfiad de las imitaciones y falsificaciones.

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.^o

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.^o (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

Redacción y Administra-
ción: San Anarés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

— Apartado de Co-
rreos, número 48. —

GERENTE:

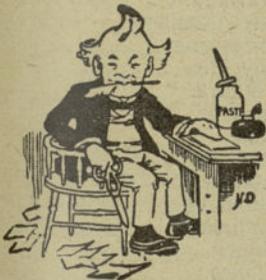
R. LÓPEZ MORA



DIRECTOR:

GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



¡Que buena pro le traiga y le haga á usted, amigo lector, el Año Nuevo! Se lo deseo de todo corazón, porque sin ser yo agorero, ni arúspice, ni adivinador, ni profeta, ni diputado de la mayoría siquiera, sé que le está haciendo á usted mucha falta un año de dicha, de calma,

de abundancia, de riqueza y de felicidad. No será usted español si no anda necesitado, y aun ayuno, de todas esas cosas.

Por mí, podemos dejarlo, si usted quiere, para luego, para un luego y un mañana que nunca llegán, como hemos hecho con el presupuesto de Instrucción pública. Al cabo, nada tan español, nada tan castizo y genuino y clásico como ese *Ya veremos...* con que el Gobierno ha respondido á las peticiones de aumento de consignación para maestros, discípulos y escuelas. ¡Ya veremos! Y somos ciegos incurables, ciegos á perpetuidad.

Afortunadamente, no es menos española, castiza, genuina y clásica la respuesta que la nación ha dado. La nación ha dicho: *No importa*. Lo ha dicho ahora con el más expresivo de los silencios, como lo dijera en tiempos de Felipe II y de Felipe IV y de Fernando VII, y en días bien recientes, cuando se hundía en los mares la Invencible y cuando se perdían Portugal y Flandes, y el Rosellón, y Nápoles, y Gibraltar, y las Américas de cabo á rabo. Un admirable escritor del siglo xvii, Francisco Santos, compuso un libro genial titulado *El no importa de España*. Quedó allí elevado un monumento al general *No importa*, que, hace pocos años aún, anduvo entre nosotros, y al político *No importa*, y al ciudadano loco y al cuerdo, al mudo pregoneiro, al soldado sin armas, al maestro sin letras, al obrero sin herramientas, al religioso sin fe, al banquero sin blanca, al marino sin barcos y al verdugo sin horca. Personajes parecen estos de un *tutilmundi* ó del mundo al revés; pero todo ello no importa.

Y la prueba de que no importa está en que cada cual sigue haciendo su oficio y cobrándolo por añadidura, y la nación sigue siendo nación, y en ella

las generaciones nacen, viven y mueren en orden y sucesión natural, como en todos los demás países, y el sol sale y se pone á sus horas contadas y quema en verano, y templá en invierno, y la luna tiene sus cuartos, que ya es tener... Después de todo, al acabarse la vida hay la misma mueca en el cadáver del sabio que en el del ignorantón, y al mismo compás y tiempo se corrompen; luego el saber y el estudiar son afanes necios que no importan. En esto yo voto con el Sr. Rodríguez San Pedro, y con ambos vota la nación entera. Si los maestros no ganan bastante con su aperreado oficio, dedíquense á otro, y dejen que cada padre, si quiere letrados á sus hijos, los adiestre él ó se los entregue al cura del lugar ó del barrio, que así se hacía antaño, y nos iba muy bien con ello.

Y no hay duda que esto quiere la nación, puesto que si quisiera escuelas las pediría, las fundaría ó las impondría, y puesto que si este Gobierno le pareciera malo no lo dejaría seguir siendo Gobierno. Acontece aquí que este país es el de la democracia por fuerza. El país no quiere votar, y se le impone el sufragio; se le da un higo de la justicia, y se le impone el jurado; no quiere aprender á leer, que es cosa que cansa la vista, y se le quiere poner una escuela en cada esquina. Lo democrático sería dejar que el país fuese como él quiere ser, y no molernos y chincharnos. Quien guste de las letras apréndalas á su antojo, en plena libertad; pero tan sagrado como ese derecho me parece el de todo aquel que quiera conservarse cerril y bruto, en pleno estado natural, como naciera de madre.

Así, lector amigo, toda esa algarada sobre el presupuesto de Instrucción pública son voces de cuatro locos, y deja que sigan dándolas. Ya veremos que al cabo todo ello no importa. Lo que importa es que el año nuevo venga á la medida de tu deseo, sea el que fuere, y te coja con dineros y te los aumente, que con ellos serás querido y respetado y admirado, y se te dará un camino de que la gente sepa leer ó no sepa. Y cuando oigas hablar de vergüenzas nacionales y de manadas de analfabetos, etc., etc., riéte á tu antojo, porque si tienes la bolsa bien repleta, entre Salomón y tú no hay un pelo de diferencia. Y si no que ¡lo diga Rodríguez San Pedro.

Dionisio PEREZ.

MI FIESTA "ONOMASTICA,,

Ayer, día de Inocentes,
era mi fiesta onomástica,
y la celebré en familia
de una manera muy rara.

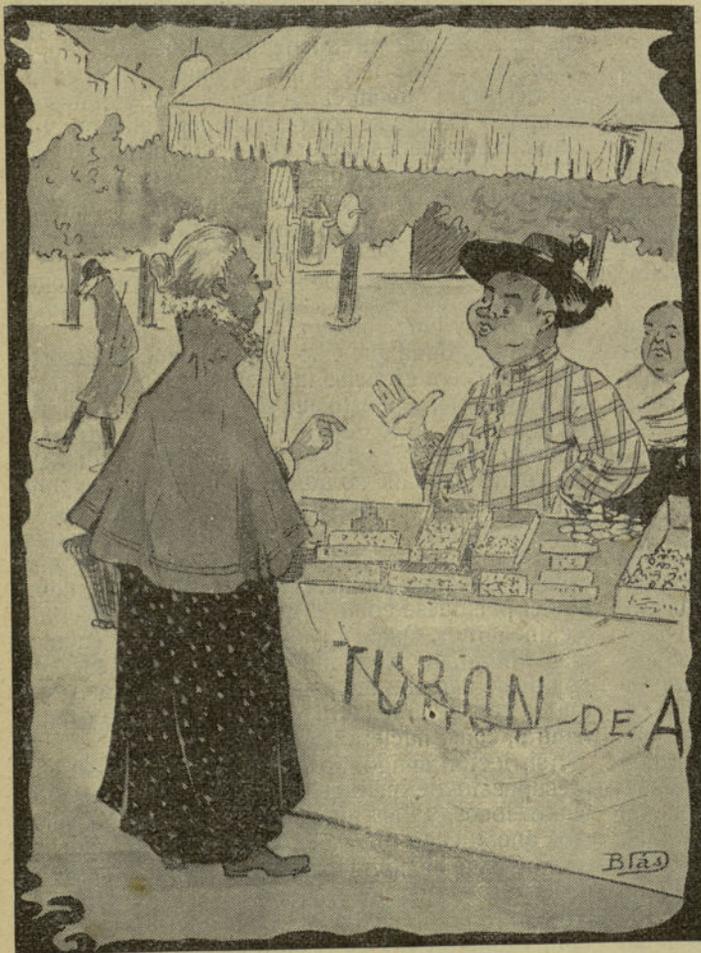
En la puerta de mi alcoba
(seis veinte de la mañana)
me dió mi suegra tres golpes,
diciéndome: «¿Aún en la cama?»

Nos bebimos mano á mano
diez copas de bala rasa,
y nos comimos con ellas
un kilo de butifarra.

Me vestí. Mi suegra me hizo
el lazo de la corbata,
me sacó lustre á las botas
y me dió un beso en la cara.

Con ella, su hija y mis hijos,
me fui á visitar á Maura,
y le dejé una tarjeta
diciendo «¡Felices Pascuas!»

Desde allí nos fuimos todos



- ¿Cuánto cuesta el kilo de turrón?
- Tres pesetas.
- ¿Y medio?
- Seis reales.
- Nada menos?
- No, señora... Es legítimo de Alicante.
- Pues entonces, deme usted diez céntimos de petadillas.

á almorzar á *Parisiana*;
mas, como no estaba abierto,
lo hicimos en una *tasca*.

Nos dicron la gran comida:
sopas de ajo con patatas,
carne de membrillo al horno,
natillas con espinacas,

sesos de hormiga salteados,
turrón de Alicante en salsa.
mazapán en escabeche,
cocido á la funerala,

callos á las finas hierbas,
medias noches toledanas,
blanco de Salvador Rueda
y Cepa Medoc de Málaga.

Mi mujer se volvió *chales*,
mi suegra cogió un *manga*,
y yo me *acurdé* de cosas
de que ya no me *acurdaba*.

Después de almorzar nos fuimos
á pie al Cerro de la Plata,
donde la Melba y Caruso
nos cantaron *La praviana*.

De allí á los Cuatro Caminos,
donde hubo reunión magna
de *últimos* contribuyentes
para bufar contra Maura.

Y, como la presidencia
estuvo muy acertada,
nos dió para que bufásemos
á cada uno una bufanda.

Subimos á un automóvil
y nos marchamos á Eslava,
con el exclusivo objeto
de ver *La gatita blanca*.

Y, en vez de esa obra magnífica
de la escuela wagneriana,
los cómicos nos pusieron
El gorro frigio... ¡Qué gracia!

Mi suegra bailó un fandango
encima de una butaca,
mi mujer cantó unos *tientos*,
mis chicos las jaleaban.

El público, divertido,
contribuía á la zambra,
y yo hice un corte de cuentas
al verlos á todos *mangas*.

Nos salimos del teatro,
y nos fuimos á mi casa,
donde mi suegra se puso
mis pantalones de pana,
y con ademán airado
nos dijo: «¡Aquí nadie manda
hoy más que una servidora!
Conque ¡¡á la cama, á la cama!!»

Y, enarbolando unos zorros,
nos dió á todos una tanda
de vales—digo, de azotes—
que tiemblo aún al recordarla.

Cuando queráis divertirlos
en una fiesta *onomástica*,
no tenéis—caros lectores—
más que venir á mi casa.

Y os juro que el veintiocho
de Diciembre no se aparta
de vuestras memorias, aunque
seáis más viejos que Frontaura.

Yo, al recordar los *encantos*
que hubo en mi fiesta *onomástica*,
digo para mis adentros:

- ¡¡Los Inocentes me valgan!!...

Por la «Inocentada»,
Carlos MIRANDA

LOS PERFUMES

—La señora—dijo la linda camarerita que acababa de introducirme en el gabinete—vendrá en seguida. Espere usted un poco...

Lanzó disimuladamente á su alrededor una rápida ojeada para cerciorarse de que todo estaba ordenado y limpio, y salió.

Una suave luz crepuscular taladraba las albas cortinillas que vestían los cristales del balcón, bruñendo el límpido perímetro de los espejos, derramando tonalidades gayas sobre los muebles: veladorcillos de palo santo con incrustaciones nacarinas; jugueteros versallescos de acero y cristal, en los que había gnomos de porcelana y reñan máscaras clownescas de barro; silloncitos elegantes y frívolos, como destinados á no durar más que el espacio breve de una vida. Encima de un amplio lavabo con piedra de mármol, había multitud de pomos con esencias: unos pequeñines y ventruados, otros más altos y esbeltos, estos rojos como la sangre, aquéllos morados ó azules como las venas, y todos muy encintados y orondos bajo los finos casquetes de gamuza blanca que cubrían sus tapaderitas de cristal.

Los más diversos colores estaban representados allí: desde el ocre caliente al amarillo pálido, desde el añil intenso al verde otoñal, desde el salmón al carmín, y también todos los olores, todas las esencias: esencias de violetas, de rosas, de jazmines, de musgo, de reseda, de nardos, de heno, de chipre, de magnolia, de azahares; perfumes ingleses, exquisitos aromas penetrantes y raros del Japón...

Poco á poco, sigilosamente, una grave tristeza fué apoderándose de mí: ante aquella plateresca sinfonía de perfumes y de colores, mis ideas se nublaban. Pensé:

¡Frasquitos odorantes nacidos para recreo de nuestros sentidos, vuestra alma es de melancolía! En vuestras panzas diminutas han cristalizado las fragancias y los matices de las viejas primaveras, y el perfume que ahora ofrecéis pertenece, tal vez, á las mismas flores que hace muchos años, en una dorada mañana de Mayo ó de Junio, mis ojos admiraron en un huerto andaluz, mojadadas de rocío y bañadas en sol. Sobre los macizos de claveles y de rosas, sobre las amapolas que, semejantes á viruelas ardientes, acribillaban el rubio tapiz de los trigales, las abejas zumbaban golosas y contentas...

Pero luego, al mediar el verano, la mano cruel de un jardinero cortó vuestros cuellos ondulantes, después vuestros pétalos de luz cayeron magullados y deshechos en el fondo de oscuros alambiques bajo los cuales un fuego de infierno crepitaba, y de aquellas horribles maceraciones la ciencia del químico sólo quiso salvar vuestro olor. A eso nada más, á una vibración aromosa que se volatiliza, que se disgrega en el aire, sin dejar huella de lo que fué, quedaron reducidos vuestros tallos mimbrantes lenos de gracia, y la cálida policromía de vuestras corolas. ¡Esencieros de cristal! En vano el ingenio astuto de los perfumistas os adorna con etiquetas y sedeñas corbatitas de colores; inutilmente también vivís en la intimidad coquetona de los *boudoirs*; vuestra alma ingrave es triste; hay en vos-

otros algo muerto; sois á modo de ataúdes diminutos donde reposan, convertidos en lágrimas de aroma, los olores silvestres y la fresca orquesta multicolor de los días mozos...

Vino á interrumpir mis meditaciones la brusca aparición de la señora á quien yo esperaba. Era una dama elegante, de ademanes lentos y aristocráticos, metida en un vistoso traje de seda negra. Un penetrante olor á jazmines la envolvía. Sus cabellos, completamente blancos, daban al rostro austeridad y melancolía. Mi interlocutora mostróse expansiva y amable.

Era una mujer que sabía hablar con entusiasmo alegre y fingir, cuando escuchaba, atención curiosa; era distinguida, atrayente, discreta, como pulida por el roce educador del gran mundo. Sin embargo, su regocijo me parecía un tanto triste; aquel contento era también una esencia, la flor de eso que llamamos «buen tono», perfume amargo, único aroma que el jardín de la vida dejó en los viejos.

Sin advertirlo, mis ojos y mi pensamiento se volvían hacia el tocador. ¡Esencieros de cristal! Todos vosotros, á pesar del alto precio que el espíritu mercantil de los hombres os dió, no valéis lo que un manojo de claveles húmedos de rocío; todo el encanto de vuestros aromas contrahechos no tiene la poesía inefable de aquel ramito de violetas que un día de juventud la muy Amada deslizó entre las hojas de un libro...

Eduardo ZAMACOIS



—Si tú tuvieras un novio como yo, Angelita, podrías besarlo desde el segundo piso.

—Justo... Pero de marido, tendrías que abrazarme desde la acera de enfrente.

CARTAS MAL DIRIGIDAS

LO QUE DICE UNAMUNO

Sr. D. Félix Méndez.

Muy señor mío: Tomo la pluma para felicitarle ardentísimamente por su artículo «Tres por cuatro, doce». Hace años que no he leído nada tan ingenioso, tan lleno de gracia, tan profundamente humorístico. Si el triunfo del humorismo es, según yo creo, hacer que el lector tome en serio lo que se dice en broma, usted lo ha conseguido, pues anoche, al leer su artículo, yo, que me tengo por avisado, estuve por exclamar: ¡Pero qué bruto es este hombre!

Mas luego reflexioné, caí en la cuenta de que usted sabe mucho más que las cuatro reglas, un poquito de regla de tres y otro poquito de interés compuesto y que comprende muy bien que en España mueren 53 por 1.000 al año y en Inglaterra 16.

Y me dije: ¡Qué gracia tiene este señor Méndez! Los lectores sencillos, al ver que desafía á los sabios á que le saquen más centenarios en Bélgica que en España, se convencerán de que aquí no mueren más niños que allá, de que aquí no es menor la vida media, de que aquí no lleguen menos gentes á edad de procrear.

Ya sé yo bien que usted sabe que la población de un país se mantiene sin disminuir ó aumentando cuando se logra que sea mayor el número de los que alcanzando una regular vida media pueden tener hijos; como sé que usted sabe que en España son muchos más que en otros países los que se mueren de niños, á lo que se obvia engendrando muchos para que se mueran los más de ellos sin llegar á colmo.

Lo que tiene una gracia extraordinaria—sólo comparable á la de Swift en su famosa *boutade* sobre la demografía irlandesa—es aquello de que en todos los países del mundo la cifra de la mortalidad es de 100 por 100. Es decir, que en España mueren 20 millones de españoles al año.

Pero una vez reconocido el estupendo ingenio humorístico de usted, ¿no cree, señor Méndez, que en un país como España, donde la ignorancia no sólo es grande, sino además maliciosa y soberbia, es un peligro el burlarse de un sabio que sabe muy bien lo que se ha dicho?

Sí; para hombres cultos é inteligentes como usted y como yo, los sabios pueden llegar á ser los escritores festivos predilectos. Pero ¿no cree usted peligroso jugar con el humorismo ante un público que no lo entiende y que está demasiado propenso á burlarse de la Ciencia, más que por otra cosa por la envidia y el odio con que los bárbaros la miran?

«En todos los demás países, como en España, la criatura humana se muere á todas las edades y todos los que nacen.» Esto es un modelo de paradoja humorística, un aforismo festivo rebosante de gracia; pero ¿no cree usted que puede haber lector que crea que aquí no muere más gente que en otras partes antes de haber llegado á cierta edad, ó que la vida media es menor, como en realidad y por desgracia lo es?

Su aforismo de usted deslumbra á primera vista,

y de ahí su peligro. Y puede haber lector incauto que crea que aquí no son más los que mueren en los primeros años. Y si eso le lleva á no tomar en la crianza de sus hijos medidas que aquí se descuidan, ¿no será una víctima de su humorismo?

Por lo demás, y fuera lo de oportunidad, yo estoy con usted respecto á los sabios. Cierito: son una calamidad, nos hacen reír, y «á vuelta de decir una porción de minucias, no hay en todo ello nada positivo ni fundamental que no sepamos» usted y yo. Se meten á demógrafos, v. gr., y se nos vienen haciendo cálculos sobre la relación entre la natalidad y la mortalidad y el tanto por ciento de los que mueren cada año, y diciéndonos que donde ese tanto por ciento es mayor ó la población mengua ó tiene que aumentar la natalidad ó la inmigración. ¿Qué hay en esto que no sepamos usted y yo? Luego hacen sus tablas de mortalidad y de vida media y otra serie de cálculos que las compañías de seguros cre en muy útiles para sus fines, y se empeñan en que para eso no basta saber las cuatro reglas, la de tres y la de interés compuesto... ¡Pedantones!

Y luego viene uno de esos sabihondos ridículos, inglés por más señas, y de nombre Malthus, y nos dice que la población tiende á crecer en progresión geométrica y las subsistencias en progresión aritmética, y de aquí la lucha por la vida y la mortalidad compensadora, y de esto arranca el festivo Darwin para inventar su sistema. Y todo por ignorar que en todos los países se mueren todos los que nacen y á todas edades.

Yo, amigo Méndez, estoy convencido de una cosa, y es que en España lo que necesitamos es que disminuyan los sabios no inventores ó creadores y que aumenten los escritores festivos. Porque éstos nos hacen llevadera y alegre la vida, mientras aquéllos tienden á entenebrecérsola y entristecérsola, haciéndonos creer que de los hijos que con tanto gusto engendramos, hay una proporción mayor que en otros países destinada á morir antes de poder tener, á su vez, el gusto de engendrar otros hijos, haciéndonos abuelos.

Gracias á lo festivo y al sano horror que hemos sentido siempre por la ciencia, que ni inventa ni crea, no nos faltan aquí centenarios, aunque los sabios digan que quien resiste este clima, y sobre todo este método de vida y no se muere de joven, está ya seleccionado y á prueba de todo.

Acaso, la mayor utilidad de esa ciencia, como la del estadista á quien usted con tanta gracia pone en solfa, consiste en procurar materia primera al humorista. Pues nunca está éste tan feliz como cuando se burla de la ciencia conociéndola bien, por supuesto como usted la conoce, pues sin conocerla es el burlador el que puede quedar burlado, y de bien triste manera.

De nuevo le felicito por haber logrado el triunfo de lo humorístico, cual es el de hacer el que un hombre como yo, bastante avisado y escamón, llegara, aunque fuese por poco tiempo, á imaginarme que usted no supiera lo que es la demografía y que fuese uno de esos que, recreándose en su ignorancia, están siempre dispuestos á burlarse de lo que no entienden.

Y á la vez que le felicito, tengo que darle las gracias.

Hace tiempo, en efecto, que deseaba escribir una

de mis correspondencias á *La Nación*, de Buenos Aires, sobre la literatura festiva entre nosotros, su relación con el público y su efecto educador sobre éste en cuanto le corrige, ó por el contrario le corrobora en sus prejuicios y malicias, y el precioso artículo de usted me va á dar pie para ello. Gracias, pues.

Y, sin más por hoy, felicitándole otra vez más, se le despide su compañero en humorismo,

Miguel DE UNAMUNO.

NOTA.—En el próximo número publicaremos la contestación de nuestro querido compañero Félix Méndez.

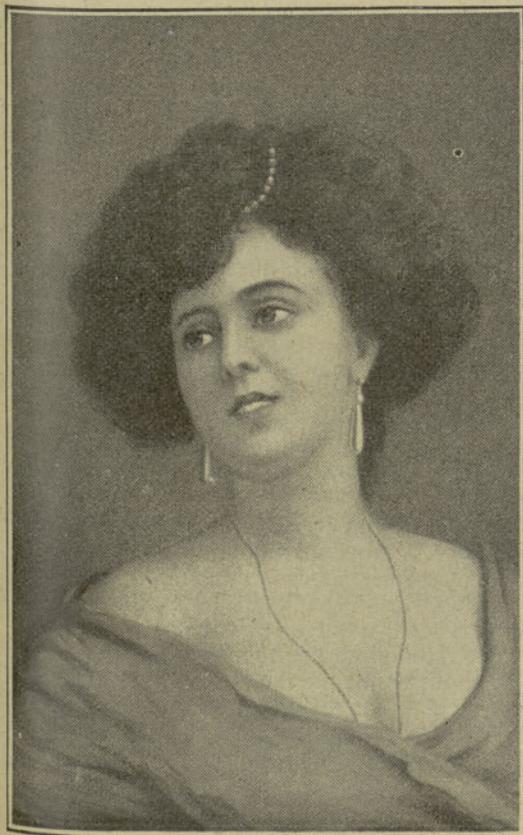
UNA AVENTURERA

ESCANDALO EN PUERTA

Tener un chico, llovido del cielo no es cosa que cae todos los días, y así, nosotros, estimando de importancia el asunto, lo damos á los lectores con pelos y señales.

Resulta que Doña X, pues hasta ahora se desconoce el verdadero nombre, era una francesa muy guapa que vino á España, tomando puerto en Cádiz, donde se hizo pasar por marquesa.

Allí la conoció cierto alto empleado de Aduanas, que quedó prisionero de amor, trasladándose ambos á Madrid luego que el querer hubo echado hondas raíces.



Aquí, Doña X frecuentó los salones, y no sabemos si cansada ella ó escamado él, las relaciones acabaron, desapareciendo de escena Doña X.

Pasan los años, y cuando ya el infeliz apóstol del aforo no se acordaba de la bella extranjera ¡pum! aparece Doña X reclamando la paternidad de un nene cargado á la cuenta del antiguo funcionario, el cual, dado á Belcebú, jura que no es cierto, y á fin de probarlo presenta en el juzgado de Chamberí la denuncia correspondiente.

Doña X figuró de modelo en el estudio de un pintor afamado de París, hizo andar de cabeza á personajes importantes de allá y de acá, y el asunto traerá cola.

Entendiéndolo así, FLORES CORDIALES puso en movimiento á quince policías, de los diez y ocho que dejó Lacierva, ansiando hablar á Doña X y retratarla.

A la fecha que escribimos no ha sido habida, pero la gran actividad de uno de los agentes, algo poeta, algo literato, que aspira á que le coloquemos sus producciones, nos proporciona la figura de Doña X, hecha al óleo el año 1900, época en que la dama manejaba la paleta del artista de allende el Pirineo.

Y ahí va.

¿No les parece á ustedes que vale la pena de que le cuelguen á uno dos ó tres pares de rorros?

HISTORIA ETERNA

(POEMA EN DOS CARTAS Y UN EPÍLOGO)

I

«Mi querido Luis: Han transcurrido dos años, en los cuales aparte de las penas y los males que sabes he sufrido por mi desgracia fiera, ni una carta siquiera he tenido de tí, ¡ni una he tenido!

Desde aquella fatal y aciaga hora en que—loca, sin duda—accedí al ruego confiada en tu amor, mi alma devora de la conciencia el dardo, que el sosiego me turba, y hace que, cual un demente, grite y llore y te llame desolada; mas.. ¡desgraciadamente tú no escuchas mi voz! Que si la oyeras, de seguro volvieras al hogar en que ha sido deshonrada la que fué por engaños seducida y hoy vive por el mundo despreciada cual una impura meretriz vencida.

Mas ¡ay! has olvidado á quien fingiste idolatrar un día, y hoy ya que has realizado tu deseo vil, tu impúdico delito, tras de manchar mi honor, cual la pureza, huyes, por olvidar, Santo bendito, tu crimen, infeliz, y tu vileza.

*Y, pues de mi desgracia eres culpable
no vuelvas á acordarte de mi nombre,
porque ya para mí no existe el hombre
que me llevó al pecado abominable.*

*Que te perdone el cielo á Dios le pido
como yo te concedo mi perdón,
mas si el causante del delito has sido
tú pagarás la culpa.—Concepción.»*

II

*«Querida Concepción: he recibido
tu carta, que he leído,
y sólo acierto á darte este consejo:
«que olvides lo pasado
y te mires, también, en el espejo
de otras tantas mujeres que han pecado.»*

*¡Cuánto lo siento yo! ¡Mas cuántos seres
son débiles también! He conocido
— ¡oh, cara Concepción!—tantas mujeres
que lo mismo que á ti le han sucedido!*

*Tuve un fuerte arrebató de locura,
tu fuiste débil en aquel momento.
¡y de ahí viene la triste desventura
que tanto lloras y que tanto siento!*

*¡Y qué le hemos de hacer! Yo te aseguro
que aún reniego de la hora maldecida...
Resignate y perdona. ¡Que yo juro
que tu Luis de tu alma no te olvida!»*

EPILOGO

*Y Concepción entonces, resignada,
ante una imagen de Jesús, hincada,
se expresó de este modo: «Tú que eres
consuelo del que llora arrepentido
perdona á ese infeliz, que no ha sabido
apreciar el valor de las mujeres...»*

*Y entre tanto que ella
rogaba por Luis tan reverente,
éste á un amigo suyo le decía:
«¡Conquista como aquélla
no he de volver á hacer, seguramente,
porque inocencia igual no la hallaría!»*

Eduardo DE ORY.

BOCCACIO MODERNISTA

LA MADRE Y LA HIJA

Ya había observado Lucía, con la natural emoción en una jovencita que nunca ha tenido novio, aquel espionaje, aquella persecución tenaz de que venían siendo objeto su mamá, una apetitosa jamona, fresca y espléndida, y ella, una muchacha soñadora, gentil y grácil, desde que en la calle de Alcalá se despidieron de Asunción y su tía.

Primero, á larga distancia, á hurtadillas, como miedoso; después, más de cerca, el pollo seguía y seguía detrás, decidido, á lo que parecía, á no perderlas de vista.

La mamá no parecía haber advertido nada; y la niña, aunque muy disimuladamente, como únicamente les es dado hacerlo á las jóvenes bien criadas, apenas si se atrevía, de vez en cuando, á enfiararle el rabillo del ojo, con objeto de animarle, y de paso con el de examinar su apostura que, en verdad, no era cosa del otro jueves, pero tampoco acreedora al desprecio.

Era el mozo, según lo que rápidamente había podido columbrar Lucía, un joven de cubiertos bigotes á lo kaiser, alto, esbelfo, con unos ojos, negros y profundos que hacían pensar—así lo pensaba Lucía—en un alma ardiente y soñadora, como la de ella, bien vestido, bien plantado y algo calavera en su aspecto general.

De modo, que nuestras bellas lectoras no encontrarán raro que la niña encontrase muy de su gusto que el tenorio callejero la siguiese.

—¡Pobrecillo!—decía la joven para su fuero interno—. No sabe quiénes somos ni dónde vivimos y, sin embargo, nos sigue. Afortunadamente, ya no está lejos nuestra casa y pronto llegaremos. ¡Y no es mal tipo! ¿Qué será? ¿Será abogado? ¿Será pintor? ¿Será ingeniero? ¿Qué será?

Y mientras este soliloquio mental se desarrollaba tomando parte en el corazón de Lucía, el conquistador, siempre tieso y gallardo, seguía la madre y á la hija, sin curarse, al parecer, de la importancia del paseo.

Lucía continuaba atisbándole, ávida, con el rabillo del ojo.

Por fin, llegaron nuestros tres personajes á la calle donde vivían ellas.

Las dos señoras desaparecieron en las negruras del portal de la casa, no sin que antes Lucía arrojase una última, si que también furtiva mirada sobre el desconocido, y éste se quedó en la acera de enfrente quieto, como si le hubieran clavado.

Cuando las dos mujeres llegaron al piso principal y hubieron entrado en su domicilio, Lucía llamó á la criada, y sin quitarse el sombrero siquiera, le dijo:

—Mira, Ramona, ha venido siguiéndome un joven, un señorito, que se ha quedado abajo esperando. Como no está bien que yo me asome al balcón sola, porque eso sería tanto como decirle que me intereso por él, cosa que es verdad, vamos á asomarnos las dos, para que te conozca, después de lo cual bajarás tú á ver si te da algún recado. ¿Me comprendes?

—Muy bien, señorita.

Y dicho y hecho. Quitóse el sombrero Lucía, é inmediatamente fué, acompañada de Ramona, al balcón.

Allí, allí estaba él todavía. ¡Qué vuelco le dió el corazón á la inocente niña!

Poco después subió la criada con una carta.

—¡Una carta!—exclamó Lucía para despistar á Ramona—. ¡Oh, qué atrevimiento!

¡Y le daba el corazón unos saltos!

Después de mucho dudar decidióse al fin á leerla. Rompió el sobre, desdobló el pliego, y... ¡oh terrible sorpresa y dolorosa decepción! ¡La carta no era para ella! ¡Era para su madre!

C. PÉREZ ORTIZ.

LA HISTORIA EN PROSA

Diciembre de 1809.

Aquella era la última noche de Gerona, de la inmortal Gerona.

Por las brechas convertidas en rampas de escombros entraban en la plaza, más que hombres, espectros.

Los defensores, en el último zarpazo de la fiera hambrienta y acosada, habían sido vencidos en su postrer salida, y volvían dispuestos á morir entre las ruinas, estóicos, indiferentes, insensibles á la desolación, agotados al dolor y al sufrimiento.

Un vaho de muerte se exhalaba de aquel montón informe de pedruscos, cadáveres, cascos de granadas y cureñas rotas. Habían caído sobre la ciudad 7.000 granadas, 11.000 bombas, 50.000 balas rasas. Nadie había comido desde cinco días; arrastrábanse los moribundos pidiendo pan en la última locura de la agonía; dormían abrazados á su fusil los menos débiles, para despertar muchos de ellos en la eternidad, y en el palacio del gobernador, el alma de la defensa, Alvarez de Castro, postrado el cuerpo por la fiebre, pero alerta el espíritu por el delirio, gritaba rompiendo el silencio terrible de una ciudad que muere: «¡Gerona no se rinde! ¡Yo no me rindo! ¡Muerte á los traidores!»

La salida había sido estéril; aquellos esqueletos sin fuerza para llevar el fusil, fueron rechazados por los sitiadores y perseguidos hasta los mismos muros de la plaza; si los franceses de Verdier y los italianos de Morio no entraron con ellos resueltos en Gerona, fué por el respeto temeroso que infundía aquel recinto en que la muerte era reina y señora.

La muralla correspondiente á la Puerta de Francia estaba guardada por las dos compañías eclesiásticas; dos compañías organizadas por gente de iglesia que se había batido durante todo el sitio con más éxito contra el enemigo que contra el hambre. Los nombres de aquellos héroes con hábitos y sotanas eran pronunciados con fervor por los sitiadores, y su aspecto era para infundir pena á los más esforzados granaderos de Napoleón.

Habían desaparecido las barrigas, los morrillos y los mofletes de los reverendos famélicos; colgaban sus hábitos en los hombros como de perchas, y no eran parte á sujetarlos al esqueleto el cinturón y las fornituras militares. El hambre, mas sensible á los que nunca habían comido poco, habíalos convertido en fieras, en verdaderos locos.

La noche del 9 de Diciembre, para proteger el regreso de los que volvían perseguidos, las compañías eclesiásticas abandonaron sus posiciones y se lanzaron sobre la brigada italiana, haciéndola retroceder en desorden y quedándose con un prisionero; pero ¡qué prisionero! el capitán Bartolli, un napolitano, rollizo como una pella de manteca.

A la mañana siguiente, Alvarez de Castro entraba en pleno delirio, y el brigadier Fournás, que heredó el mando, decidió capitular honrosamente.

La primera condición impuesta por el jefe de Estado Mayor francés, general Rez, fué la devolución de los prisioneros, y el primer prisionero que se reclamó fué el capitán Bartolli, ayudante muy querido de Morio. Enviósele á buscar á donde se encontraban las compañías eclesiásticas.

Allí, junto á la Puerta de Francia, estaba reunida en cónclave la oficialidad de ambas compañías. El capitán D. Francisco Condom, canónigo de la Colegiata; el teniente D. Antonio Morales, beneficiado, y el subteniente D. Francisco Grau, beneficiado también; el capitán fray Manuel Cundaro, franciscano; el teniente fray Tomás Pi, dominico, lector de prima, y el subteniente fray Silvestre de Metano, capuchino sublector.

La respuesta de la reverenda oficialidad fué que era imposible devolver el prisionero porque había muerto de sus heridas.

Se reclamó el cadáver; contestaron que era imposible devolverlo porque se le había dado sepultura.

Refunfuñando, se conformaron los franceses y se firmó la capitulación; pensaron que el no mostrar el muerto era quizá para que no se viese el ensañamiento con que tal vez le habrían matado aquellos fanáticos religiosos.

Los franceses, sin duda movidos por esta sospecha, faltaron luego á lo convenido en la capitulación: habíase tratado en ella que se respetaría al clero como si hubiese permanecido neutral, y no obstante, no pocos sacerdotes fueron fusilados, y el resto, en su mayoría, conducidos prisioneros á Francia y vejados hasta el extremo de que murieron casi todos.

Un sacristán de monjas, hombre pacífico, que á pesar de no haberse batido fué hecho prisionero, recriminó á fray Manuel Cundaro.

—De todas estas desgracias, padre, no tienen la culpa más que sus reverencias, por no haber querido devolver aquel prisionero.

—Pero, alma de cántaro—respondió el fraile capitán—, ¿cómo querías que lo devolviéramos, si nos lo habíamos comido?

Luis BERMUDEZ DE CASTRO



El cerdo.—San Antonio, salvadme de esta máquina de embutidos.

Año nuevo, vida nueva.



—¡Hoy veintinueve! Y no me salen las cuentas... Desde el día 1.º hay que tomar por otro lado.



Alicia Roosevelt.

LOS DESENFRENOS DE ALICIA ROOSEVELT

Todo lector recordará la vida accidentada de Alicia Roosevelt la hija del actual presidente de los Estados Unidos.

Viajera, llegó á cierto punto africano donde volvió loco al bajá, á quien abrió el Paraíso dejándolo á la luna de Mahoma cuando el infeliz empezaba á tomarle gusto al amor de las hembras de Norte América.

Haciendo una travesía, apostó con el inglés mister Harrison á que nadaba mejor que él. Mandó parar el vapor, y ambos se lanzaron al agua, regocijando á los pasajeros que veían los manotazos del británico. Al desembarcar, Harrison y Alicia, se eclipsaron juntos.

Aunque ligera de cascos, la joven Alicia halló quien la diera su nombre.

No se habrá olvidado que la noche de los esponales, hace próximamente dos años, Alicia, aprovechando el bullicio de los convidados, cogió el automóvil y desapareció, quedando el novio con las narices de á cuarta.

Al día siguiente volvió, presentándose desenfadada al esposo marchito.

Nada se oyó decir después, hasta hace cuarenta y ocho horas que los periódicos de Londres, tomándolo de otros de Nueva York, dan la sensacional noticia.

Alicia Roosevelt ha huído del hogar conyugal en compañía de... una corista napolitana.

La bella *fanciulla* se llama Corina di Sorella, y su hermosura traía revueltos á los tenorios de la buena sociedad *yanqui*, que no perdonarán á la empingorotada raptora la mala pasada.

Según los indicios, Alicia y Corina han construído el nido á orillas del Niágara, arrulladas sus horas de pasión por el canto de los cocodrilos.

Ignórase cuál de las tórtolas es el tórtolo.

Presúmese, de la espiritualidad de Corina, que no es ella la amazona.

De algunos antecedentes de Alicia, en cambio, se deduce que domó al marido á la alta escuela, truncando las funciones.

Los comentaristas de la ciudad del Támesis titulan al pobre burlado el «Sam de los bucles de oro». Yo me pregunto qué rumbo tomará ahora el desgraciado yerno de Roosevelt.

Quizá rendido á las gracias y á la travesura de su ingrata compañera, que prefiere al bigote del zaino Longwort el moño esplendoroso de Corina, coja el portante y siga las huellas de la infiel.

Y mientras Alicia se consagra á trenzar los ondulantes cabellos de Corina, él, viendo saltar el agua del Niágara, suspirará doliente, lanzando el pensamiento al correr de la cascada.

LUIS.

Paris 24 Diciembre 907.



Corina di Sorella.

LOS MESÍAS DE HOGAÑO

Este título no me satisface del todo, porque no sé si sirve bien al asunto del artículo. No sé si es justo, apropiado, adecuado, digámoslo así.

Los lectores suspicaces dirán: «Pues hombre, haber puesto otro; en gracia de Dios habrá títulos que reunan las condiciones apetecibles por el más exigente.» ¿Verdad?

Pero es el caso que de los mesías que yo voy á tratar como de ahora, ya los había antes del advenimiento del Mesías Verdadero, ¡ya lo creo! Eso de que venga un niño sin saber cómo, es muy anterior á Nuestro Señor Jesucristo; como que puede que esto de venir Jesús al mundo fuera precisamente por ver si cortaba algo el abuso dando las Tablas de la Ley.

¡Anda, anda! Pues si no es por la oportuna intervención en el asunto del Hijo de Dios, cualquiera es capaz de adivinar el número de millones de israelitas que poblarían hoy el planeta.

Asusta pensarlo; pero pasado el susto, podemos entrar en materia.

Digo, quiero explicar que mesías como estos de hogaño también los había antaño, de modo que este artículo podía intitularse «Los mesías sempiternos»; pero, como los únicos que pueden y deben preocuparnos son los de ahora, allá los costumbres de la antigua Judea se las entiendan con los suyos, es decir, con los que les correspondan.

Quedamos, pues, en que aquí se va á hablar de los mesías de hogaño, y que, por lo tanto, el título si no es justo, es lógico.

El que llamó *belenes* á los *nacimientos* sabía del origen de la criatura humana mucho más que Darwin, y que el padre de Darwin, dicho sea salvando los respetos que merecen las tonterías de los sabios: *paradoxa*.

Sí. Donde hay un nacimiento hay un belén, y donde hay un belén hay generalmente un nacimiento, por lo menos, por... lo menos; que hay belenes que representan más nacimientos que la Plaza de Santa Cruz en días de Pascua.

Toda esta monserga la traigo aquí á cuenta de que la opinión pública ha estado alarmada durante tres ó cuatro días—y no lo ha estado más tiempo, gracias al sorteo de Navidad—, con motivo de una querrela presentada contra una señora francesa que le había colgado al querellante un mesías, también verdadero; y concebido por obra y gracia de... De la mano de obra no se sabe nada; ahora, de la gracia, que la tiene por arrobos, es autora la *madame*, y añado que no es para alarmarse la opinión.

¿Es que nos vamos á extrañar á estas alturas de que una señora le cuelgue un mesías á un caballero que no tiene en él ni voto ni parte?

Yo no digo que esto ocurra á todas horas; pero todos los días, y unas tres ó cuatro mil veces cada día, eso sí que lo digo; y si nos vamos á sorprender por casos que se repiten con tantísima frecuencia, no vamos á ganar para sorpresas.

Creo que con que el interesado rechace la paternidad milagrosa que le atribuyen, basta y sobra; como creo que si al interesado le parece bien, y la acepta, también basta, y también sobra.

En esto de los mesías hay opiniones muy opuestas.

Conozco á un señor que asegura que sus hijos legítimos son todos mesías, en lo cual puede tener razón; y conozco á otro que cree que todos los mesías son hijos suyos, en lo cual con seguridad no la tiene, ó tiene muy poca.

De estas dos tendencias resulta que, mientras el primero niega á sus hijos toda clase de caricias, aunque los alimenta, los viste, los calza y los educa, el otro se va á la puerta del Colegio de la Paz, y al Hospicio, y á todos los que no tienen padre conocido los acaricia, los llena de lágrimas de ternura, y les da terrones de azúcar; de lo demás ya se ocupa la Diputación provincial, que es la corporación que tiene más espíritus santos, y, por lo tanto, más mesías.

Así, pues, no nos alarmemos ni como hombres, ni como mujeres, ni como opinión.

Cada cual se ocupe de los mesías que le puedan caer en suerte ó en desgracia, sin hacer de ello comidilla, y sea el Mesías Verdadero con todos nosotros, porque para eso vino al mundo.

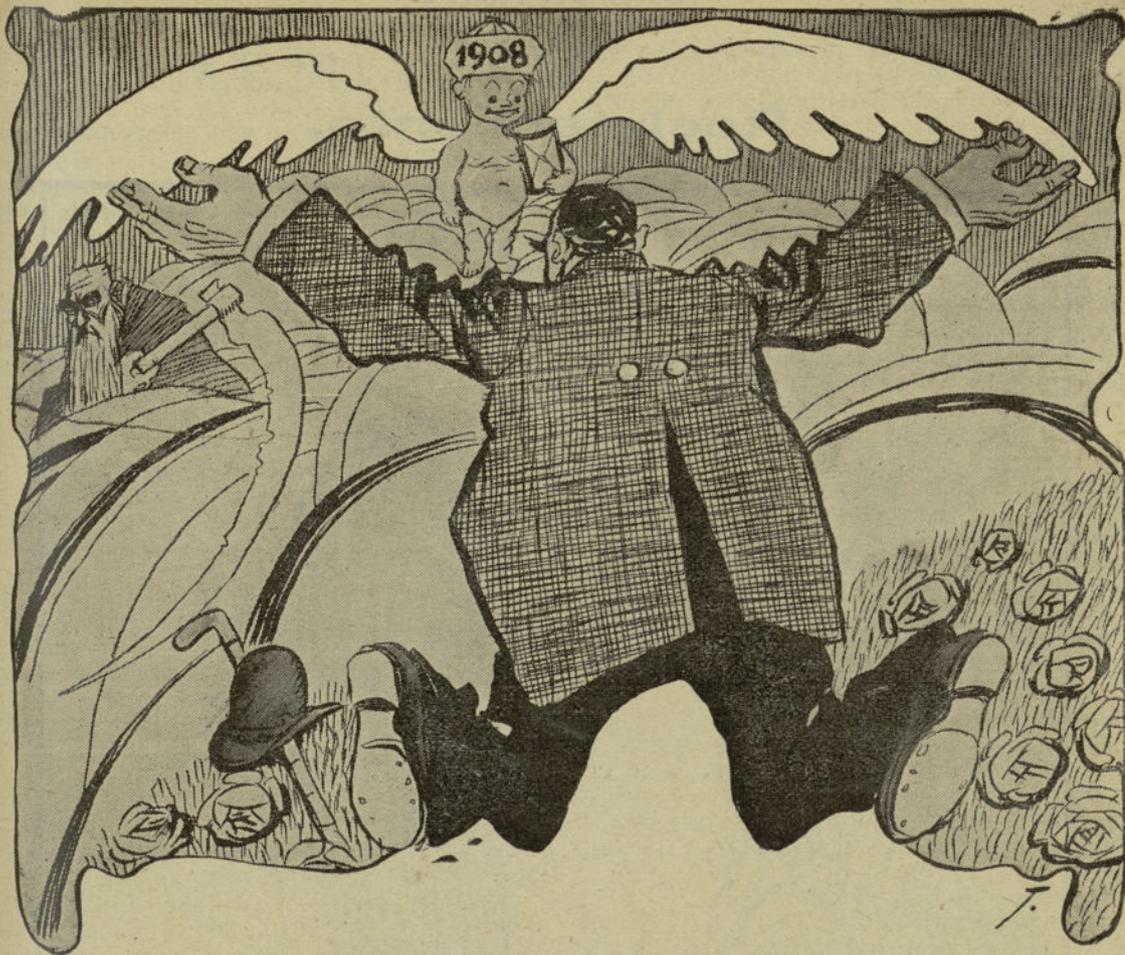
Y ya hemos convenido al principio en que ya hubo mesías antes de Jesucristo, cuando Jesucristo y después de Jesucristo hasta nuestros días, como nos lo ha demostrado el caso de la señora francesa.

De que los habrá de aquí en adelante hasta la consumación de los siglos respondo yo, que también sé más que Darwin.

Félix MENDEZ.



—Vamos á ver: ¿en cuántos tiempos se saluda?
—En tóo tiempo, man, q'haga frio, mi coronel.



LO QUE PIDO AL 1908.

Como vas á comenzar
el miércoles tus funciones,
ante tí mis pretensiones
quiero en verso formular.

aun cuando es de suponer,
—y lo diré sin rodeos—
que escucharás mis deseos
igual que el que oye llover.

No me oirás y no me extraña,
pues, con punible cinismo,
hacéis los años lo mismo
que los Gobiernos de España.

Pide y grita la opinión
y hasta á protestar se atreve,
pero el Gobierno se mueve
igual... que un guardacantón.

Y, escurriendo de mil modos
el bulto, sigue callando...
¡Por eso vamos echando
aquí tan buen pelo todos!

Acabó el prefacio. Ahora,
chiquillo recién nacido,
escucha lo que te pido

con mi pluma pecadora.

Y no lo tomes á mal
cuanto te voy á decir,
pues ya sabes que el pedir
es defecto nacional.

Quiero que en tus doce meses
registres hechos brillantes,
sin motines de estudiantes,
ni peticiones de ingleses;

que no me salga una cana,
ni haya viruela, ni tisis
y que no se hable de crisis
seis días á la semana;

que no se estrelle el planeta
y que tenga en mi bolsillo,
por cada ladrón ó pillo
que me encuentre, una peseta;

que en la estival estación
pueda marcharme á Bilbao;
que encarezca el bacalao
y se abarate el salmón;

que no nos den el camelo
esas viejas arrugadas,
que se exhiben barnizadas
y que se tiñen el pelo;

que en los templos de Tala
nunca se grite obra alguna
¡y tenga yo la fortuna
de que se estrene una mía!

Deseo ver, sin fracasos,
bullir entre bastidores,
más actrices, más actores
y menos, menos payasos;
por las calles, un montón
de chicas de buen trapío;
y, en fin, tener poco frío,
salud, hambre... ¡y un jamón!

Lograrlo sería el colmo
y no pido más, camueso,
porque pedirte todo eso...
¡es pedir peras al olmo!

En cuanto á tu nauseabundo
padre, que está en la agonía,
yo despedirle quería
dignamente de este mundo;
mas no lo hago, pues de fijo
que lo hará, como conviene,
un ilustre prócer... (Tiene
la palabra Vega Armijo.)

José RODAO.

Reclutamiento.



—Miá, Indalecia: tú ganas de soldada 60 riales... Güeno, pues á tí, lo que t'hace falta es un soldado como yo, [que te] administre el haber, que sirva en el mismo cuerpo y en la mesma compañía.

LA MALDITA

Lugar de la escena, una estación de ferrocarril. Dentro de la única sala de espera, una confusión espantosa á uno y á otro lado del mostrador: los viajeros que esperan el paso del tren apenas pueden moverse entre baúles, fardos, sacos, básculas y estorbos de todas clases.

A la derecha, la puerta de entrada (no hay que reirse, hay puertas por donde no se vuelve á salir, la de la tontería, por ejemplo); á la izquierda ya ha adivinado vuestra perspicacia la puerta de salida al muelle; al fondo, tras de una ventanilla, un viejo que despacha los billetes; detrás de él una taquilla; en el casillero de esta taquilla los cartoncitos; y en los cartoncitos, un número. (Es imposible hacer más como acotación, á menos que imite al autor primerizo que escribía «sobre la mesa, una sombrera que han dejado allí el día antes».)

Fuera de la estación, á derecha é izquierda nieblas, por arriba y por abajo nieblas, al fondo y por detrás del espectador nieblas.

Personajes:

La señorita Estrella, resplandeciente de talco y arrastrando una cola muy larga. (Parece de teatro.) Una familia pobre acurrucada en un rincón.

Un señor muy gordo, de quien sospechó el mozo de la estación que llevaba encima el exceso de equipaje, le hizo pesarse y destrozó la báscula.

Un grupo de jayanes con muchas zamarras alrededor del cuerpo y alrededor de la coronilla.

Tres señores muy graves, pero que no quitan ojo á la señorita Estrella.

Un maestro pirotécnico, que viaja con todos sus peligrosos adminículos para montar un castillo de pólvora en las fiestas de un pueblo.

Un matrimonio muy conocido: Don Segundo Costado y su señora Doña Dolores.

Un periodista que á cada momento pregunta si ha venido Nieves y se impacienta por lo que tarda.

Y se acabó la lista de personajes.

Entre tanto, en la estación próxima nos encontramos:

Un cómico pobre, acompañado de su mujer que es á un mismo tiempo la tiple cómica, y el resto de la compañía. Esperan al pirotécnico para marchar juntos al pueblo de la fiesta.

Varios comerciantes de la Plaza Mayor que esperan á Belén y á su marido (la familia pobre).

Un grupo, de mineros, y yo con ellos. Esperamos al señor gordo.

Otro grupo, de moréttistas. Han ido á esperar á los reyes.

Otro grupo, de andaluces, que esperan á los jayanes.

Cada individuo ó cada grupo tiene un billete de andén con el mismo número que trae el viajero á quien espera, porque es una línea férrea perfectamente organizada.

Allá en la estación de que hemos hablado antes, donde han de tomar el tren los que esperamos, se abre de pronto la puerta de entrada, porque las puertas siempre se abren cuando menos se piensa.

El periodista cree que es su Nieves, pero se en-

cuentra con una señora alta, flaca, vieja y antipática, á la cual se abraza frenéticamente.

Cuando echa de ver su error, dice:—Señora ha recibido usted un abrazo...

—Por mi bella cara.

—No, señora.

—Sí, señor: yo soy la Casualidad.

Y avanza hasta la taquilla, donde el viejo frunce el ceño y le dice:

—No hay billetes.

La vieja rechina... las encías, cavila un buen rato y después, viendo que se han dormido casi todos los viajeros, coge el número de éste y se lo planta á aquél, el de aquél á otro, y el del otro al de más allá, hasta que el mozo grita:

—¡Tren para la Tierra! Viajeros de España, ¡al coche!

**

Y resulta que por obra de la maldita Casualidad, los comerciantes de la Plaza Mayor, que esperaban á Belén, se encuentran con Dolores de Costado; los mineros, que esperaban al gordo, se llevan al pirotécnico que les arma en la mano un incendio de mil demonios; los andaluces reciben á los reyes y los morettistas á Belén: yo recibo la noticia de que el gordo ha caído en Barcelona, y el pobre cómico advierte en su señora síntomas de *nacimiento*.

Conste, pues, que en este Diciembre ha habido trampa y que el gordo era muy mío.

Ahora mismo, al Juzgado, á ver si por casualidad está al señor Cores.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

MONÓLOGO



—Pa'mí que la señora me quiere; la señorita también; la amiga del señor, lo mismo; y la doncella, ídem... Na, que voy á tenerle que meter dos patás á la Sempronía.

LOS INÉDITOS

En esta plana insertaremos semanalmente los trabajos de los jóvenes que empiezan á abrirse campo.

CARTA ABIERTA

A Serafin Alvarez Quintero.

Yo no tengo del gran Zúñiga
la fecundidad insólita
—más que el cuerno abundantísimo
de la diosa mitológica—
ni como Casero y Jackson
la tenacidad heroica
de hacer pasar por la tráquea
de la multitud estólida
todos los ripios indígenas
que pudo inventar la indómita
fogosidad de esa pléyade
de genialidad apócrifa
que tiene llena de cáusticos
la literatura cómica
convirtiendo el chiste herético
en materia gastronómica.

Las musas, amigo Alvarez,
se muestran conmigo sórdidas
de tal manera que espántame
más que leer una crónica
de Monte-Cristo (el más cínico
qué besa pies aristócratas),
más que un problema algebraico
que tuviera cuatro incógnitas,
y aun más que la cara fúnebre
del buen Carreras el nómade,
y que su figura escuálida
y su *intención filantrópica*,
pensar, que mi suerte pérfida
dando coces á la lógica,
me obligara con la métrica
á rellenar la bucólica.

Además tiene mi léxico
una proporción tan módica,
que nunca mi pobre péñola
encuentra la frase postuma,
por más que, como Diógenes,
el de la linterna histórica,
la busco en lo más recóndito
de mi inteligencia lóbraga.

En cuanto escribo tres líneas
todas se declaran prófugas,
y la fórmula poética
con la maldita retórica
dentro de mi estrecho cráneo
arman tal danza diabólica,
que se me derrite el fósforo,
se me oscurece la óptica,
y mi cabeza de albérrigo
que nada tiene de sólida,
cual si *vistiera* una técnica
de fabricación alcohólica,
da vueltas como un satélite
al rededor de su órbita.

Yo no soy vate prolífico
de cabellera simbólica,
(por raro amor á la estética
ó por razón económica),
ni jamás hice un retruécano,
ni tengo la faz clorótica
como la de esos románticos
á quienes la musa erótica

tienen de numen histórico
la imaginación pletórica.

Sólo soy un congrio inédito
cuya locura estrambótica
es amar la frase rítmica
con una pasión idólatra,
que sin contar con la huéspedea,
cual es la regla despótica
de asonantar los versículos
con exactitud metódica,
prometió á usted una ráfaga
de su inspiración exótica;
y que al llegar la hora crítica
de administrarle la pócima,
ya tarde, arrepentidísimo,
se encomienda á Santa Mónica,
coge la citara, púlsala,
quiere cantar, y... ¡la órdiga!

.....
¡Que ya no encuentro un esdrújulo
ni para cubrir la fórmula!

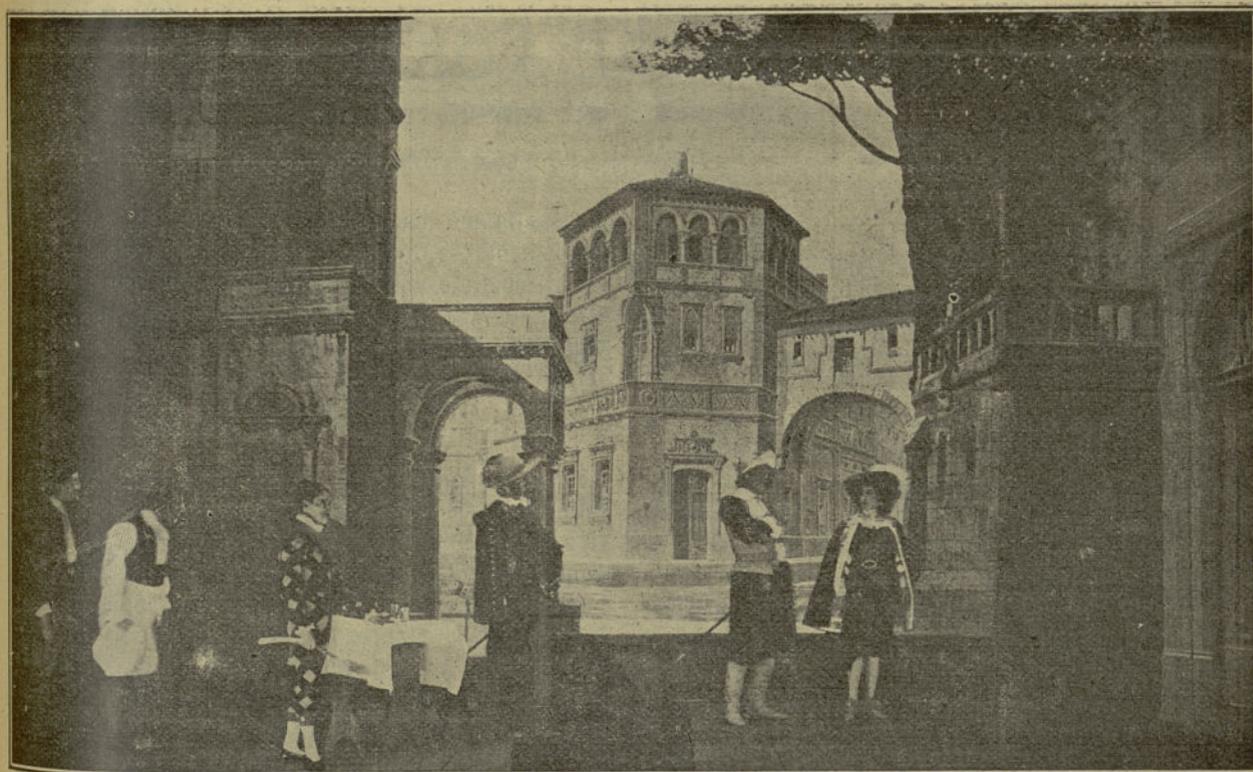
Luis ALVAREZ GONZALEZ

EFEECTO DE LUNA

(DEL NATURAL)

Se anuncia en un lejano reloj la media noche.
Vuela un pregón y luego suena el rodar de un coche
que arrastran dos caballos en un galope ciego,
corceles que en las piedras bordan haces de fuego.
Amante apasionado, al esperar, se irrita;
su novia tarda mucho, no acudirá á la cita.
Escúchase el goteo del agua sobre losas:
es mano femenina que está regando rosas.
Avanza por la calle, con triste luminaria
y con murmullo tétrico de mística plegaria,
la medicina extrema del moribundo, en manos
de grave sacerdote, que, seguido de ancianos
y envuelto por la seda que cubre su sotana,
marcha al compás del canto que entona la campana.
Con este emocionante preludio de agonía,
consuelo del que muere, contrasta la alegría
fresquísima del mozo trasnochador que canta
haciendo finos juegos de voz con su garganta.
Borran la alegre copla, con su ladrar, los perros
que arañan tras la puerta de quejumbrosos hierros.
Y en cada esquina tienden la red de sus hechizos
mujeres cuyos rostros son flacos y enfermizos,
mujeres que se pasan las noches al sereno,
mujeres que al que miran le dicen: «Ven, moreno...»

Germán GONZALEZ DE ZAVALA.



Teatro Lara.—Escena segunda del primer acto de *Los intereses creados*, de Jacinto Benavente.

TRAMOYA TEATRAL

Entre los acontecimientos de la semana teatral, merece citarse en primer término la *reprisse* de *Tannhäuser* en el Teatro Real, que, á pesar de los augurios fatídicos y cábalas resultó sencillamente admirable en conjunto.

La catástrofe tan temida se trocó en ovaciones continuadas ante la maravillosa ejecución de la overtura con que comienza la célebre ópera del inmortal Wagner.

Los dignos profesores que componen la orquesta y el maestro Villa se excedieron á sí mismos al ejecutar con precisión, justeza, brío y colorido esta tan brillante como difícil página musical del maestro alemán.

Ya habrán podido convencerse los que dudaban que no hay necesidad de salir de casa, exponiéndose á los riesgos de un viaje al extranjero, en busca de batutas eminentes. Aquí las tenemos tan eminentes cuando menos.

La señorita Beatriz Villar lució sus poderosas facultades y bellísima figura, siendo calurosamente aplaudida en toda la obra y especialmente en el acto segundo.

Colazza, Battistini, Navarrini, Oliver y demás intérpretes estuvieron á la altura de su fama. En suma, una gran noche para todos, pero muy especialmente para Villa.

* * *

Como es costumbre de todos los años, los teatros festejan los Pascuas estrenando *apropósitos*, cuya misión principal es producir la hilaridad del público, ya dispuesto á ello por los excesos gastronómicos proverbiales en estos días. Lo mismo que el turrón, son estos estrenos una cosa tradicional y una á manera de válvula por la cual se escapa la alegría que *debe* embargarlos á todos, chicos y grandes, en esta época del año.

El Español, Comedia, Princesa y Lara se han aprestado á cumplir con esta casi necesidad, estrenando:

En el primero, un *vaudeville* de Jeusitzer, traducido por Reparaz, titulado *La famosa Teodora*, que gustó muchísimo al respetable, aplaudiendo ruidosamente á los intérpretes.

• En el segundo, un arreglo de Celso Lucio de la comedia de Bernard *Alrededor del mundo*, que se rió y aplaudió extraordinariamente y que *quedará* por tratarse de una obra graciosísima.

En la Princesa un *vaudeville* (y va el tercero) de Mario, titulado *La pesca del millón*, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, que aunque no es obra de tanta fuerza como las dos anteriores, gustó mucho y fué muy celebrada.

Y, por último, en Lara, Don Cándido, por no ser menos, nos sirvió un juguete cómico de Pablo Parellada, titulado *Lance inevitable*.

Los teatros dedicados al género chico se defienden como *gato panza arriba* por conservar los favores del público. Unos, como la Zarzuela, se dedican á la noble tarea de *levantar muertos* resucitando obras; otros, siguen cultivando el *melodrama comprimido*; otros, la emprenden con las obras de *trapos* (espectáculo), y otros con lo contrario, es decir, sin *trapos* (sicalipsis). El público, ante esta pluralidad de espectáculos, se queda perplejo, y se refugia en los *cines*, no con la esperanza de ver nada mejor, sino con la idea de que le salga más barato. La cuestión es pasar el rato...

Noches pasadas, en uno de estos teatros, se me acercó un *ganso* (siempre nó ha de ser cigüeña), de andar cauteloso y faz macilenta, de esos que pululan por los escenarios; y misteriosamente dejó caer en mis oídos estas palabras: *La tempesta e vicina. ¡El mes de Enero será funesto para el género chico! ¡Chí vivrá verrá!* — dijo —, y desapareció. Se me erizaron los cabellos, enmudecí de terror, y salí de allí con el alma conturbada.

A. BARRERA.

ROSAMUNDA DE ROSSILHON

(TRAGEDIA DE AMOR)

(CONTINÚA DE LOS NÚMEROS 14 Y 15)

V

Con los hombres de armas aléjanse del castillo la alegría y la algazara, y si alguna hay es debida á las doncellas, que riñen entre sí malhumoradas porque les falta la presencia de quienes puedan decirlas amores.

Para Arnaldo llega también el olvido. Mas no le disgusta esta actitud; al contrario, plácele mucho, porque así puede pasar ignorado y llevar mejor á cabo los planes que le conducen á Rossilhon. Ya no duerme en blando lecho: con los perros se acuesta. Ya no come viandas calientes: con las sobras tiene que contentarse. Ya no recibe halagos por sus cantares: mudo su laúd, los marmitones le regalan algún que otro puntapié.

Pero Rosamunda no le olvida: le oyó cantar una vez, y ya no quiere dejar de oírle. Y así sucede que cuando la tarde declina y las avecillas regresan á sus nidos bajo los aleros de los tejados del castillo ó bajo las copas de los árboles del parque, la castellana de Rossilhon hácese rodear de sus doncellas y llama al bardo para que ante ella entone sus cantares, porque parecele á la dama que, como ella, el ciego trovador padece y sufre ausencias de amores. Y no sólo tiene esta obsesión Rosamunda; sino que observando al mendigo, cruzan por su mente pensamientos de duda, del mismo modo que las nubes pasan sobre las soleadas alturas oscureciendo la tierra.

Las lágrimas están á punto de saltar de sus ojos y el corazón le palpita dentro del pecho cuando, una noche, desde su cámara oye al bardo que canta en el parque del castillo:

*Us cavaliers si iazia
Ab la re que plus volia;
Soven baizan li dizia
Doussa res, ieu que farai?
Que'l iorns ve e la nueytz vai; Ai!
Qu'ieu aug que li gentá cria, Via!*

Sus! Qu'ieu vey lo iorn venir, apres l'alba!

Y luego, con toda la atención que una dama enamorada pone en aquello que le recuerda dulces tiempos, escucha al trovador que, enamorado, no calla:

*Oh! Rossilhon el seu repaire
Iras ma dompna vezer...*

*E man sai
Com estai...*

Cesa la música y queda en silencio el castillo. Únicamente, se oye á Rosamunda que en un rincón de su cámara estalla en lágrimas de amargura y de abandono, y al *trovador del amor perdido*, que también llora de pesar y de soledad.

VI

Obtienen Raimundo y sus hombres de armas victoria sobre los albigenses y regresan al castillo con rico botín de plata y de heréticas preseas que ganan al enemigo. Pero la paz de Rossilhon pronto se interrumpe: de boca en boca corren entre los nobles y escuderos los llantos de Rosamunda y las trovas del mendigo, y el duque sospecha y cela. Ordena guardar á la dama rigurosa cárcel en su habitación; dispone que el bardo no salga de los muros del castillo y amenaza con pena de muerte á los infractores y cómplices de uno y otro mandato. Raimundo, por su parte, en tres días no se deja ver de sus servidores, y esto llena más de terror á los moradores de Rossilhon. Cuando amanece el cuarto día, ordena una cacería de lobos, y manda que ante él se presente *el trovador del amor perdido*.

—Vendrás conmigo, y me animarás á mí y á la partida que me acompañe á los bosques con tus bellas canciones. ¡Nos cantarás de la caza!

—Señor, mis ojos no ven, y no puedo valerme para cabalgar...

—¿Conoces la historia de Ladislao, el rey ciego de Bohemia? Durante el fragor de una batalla montado ligero corcel y logra para los suyos el triunfo de las armas... ¡Por vida, que ningún hombre de Rossilhon deja de cazar! Si no ves, yo me vuelvo ojos tuyos.

Le dan á Arnaldo caballo y lanza y le calzan espuelas, y monta con destreza que indica la habilidad de un buen jinete, y deja muy luego estupefactos de admiración á todos cuando hace caracolear al noble bruto.

Arnaldo tiene conciencia de que el duque trama venganza contra él, y lleva bajo su ropilla una daga que presenta ligera ranura; pero, así y todo, el más ligero rasguño que produzca esta arma sirve para ocasionar la muerte del que lo reciba, porque está envenenada sutilmente.

(Concluirá.)

Anuncios económicos por palabras.

Cada quince palabras una peseta; cada palabra más diez céntimos.

BUZON

L. A. G.—Me dejó extático—romance esdrújulo—, y dije: ¡Córcholis! esto es un *cúmulo*.—pero magnánimo—acordé súbito darlo en «Inéditos»,—venciendo escrúpulos—Reciba plácemes—joven, innúmero, tiene un espléndido—caudal de esdrújulos.

E. y J. Ch. R.—¡Oh príncipes ilustres—de la milicia!—en vuestro mismo metro hago justicia—Es una lata—tremenda, insoportable:—¡¡QUÉ MALA PATA!!

L. S. Nada de lo mucho que envía es aprovechable. Hay que trabajar con calma para producir cosas buenas.

El del otro día. Es otro á quien conviene enterarse de la anterior advertencia El hacer acrósticos es un vicio inocente, pero tan ridículo como chuparse el dedo.

Cyrano.—Madrid—No le publico las décimas; pero, en compensación, le brindo un remedio para el mal que en ellas lamenta: si le fastidia la vecindad, múdese á escape. Si no puede, aguante á sus molestos vecinos, como yo á dos viudas con una niña y un piano, que tengo encima de la boca del estómago

J. C.—Llivia.—No tiene mala factura el romance, pero carece de interés Haga otra cosa.

Carrasclás.—Los cantares deben estar al caer Su última remesa no sirve. Cambie de procedimientos como cambia de seudónimos.

F. L. A.—El gordo joven diabólico, no será con usted; ni yo volveré á leer sus trabajos hasta que no los envíe en forma.

E. M.—Su «Recuerdo» amarga la existencia; estamos conformes. Haga versos alegres y no pierda el humor componiendo *letras para guajiras* lloronas.

Ranito.—Es muy fácil la solución de la charada que titula «Inconstancia» Su héroe

«Ruge y solloza con *cabeza insana*,
pues su *todo* se va á tierra lejana»,
barruntando que ella se la ha de pegar con un compañero de viaje.

Sardanapalillo.—Estoy harto de cantares; pero no arrojo al cesto los suyos hasta ver si hay alguno que merezca la pena. ¡No se haga muchas ilusiones!

A. E.—Hinojosa.—Copio una de las redondillas:

«El corista Albaricoque,
pálido, yerto y sin brío,
quedó aterido de frío
al lado de un alcornoque.

Y usted tan hueco, después de mandarnos á sabiendas tamaño disparate. ¡Cómo deben aburrirse los intelectuales de Hinojosa del Duque!

Teócrito —Tres cosas á cual más sucias. ¡Qué lástima de ingenio extraviado! Más le valiera afeitarse... ¡so filósofo!

F. B.—«¡Oh, la musical!» no carece de gracia, pero está pésimamente rimada. Sus versos de doce sílabas son, en la mayor parte, la combinación de uno de siete y otro de cinco (ritmo de seguidillas), algunos de dos de seis (el ritmo propio de ellos) y otros largos, é inarmónico todo el conjunto. Las demás composiciones por el estilo y de ningún valor. Afine el oído y trate de enmendar la «música» á ver si suena mejor

A. B. Bilbao. Los primeros pasos son tropiezos siempre; pero con paciencia y saliva...

Un pobre diablo.—Tiene usted razón; sus versos son, por desgracia, de una realidad aplastante y me voy á dar el gustazo de copiarlos:

REALIDAD

«No sé qué pasa en Correos
y de qué son estos males,
y de qué esos devaneos
que no recibo las FLORES CORDIALES.

Esto debe ser: maldad,
y no deben ser amores,
para en La Caridad
no recibir las CORDIALES FLORES.

Un pobre Diablo.»

Queda usted complacido y—¡ojalá!—surtieran efecto sus versos *satíricos* y *demasiado reales*; pero ya verá cómo los números se siguen perdiendo.

¡Y luego hablan de la *Fiera Corrupta!*

Puede mandar hasta quince cuartillas con cuarto de céntimo si no las carga de muchos ripios. Cuando quiera que se traten asuntos de esos, mándelos ilustrados con dibujos ó fotografías, ya ve la indole del periódico y lo que llevamos hecho.

Satán.—Zaragoza.—¡Vade retro! Otro que se presenta con diabólico disfraz; pero éste es un demonio aragonés á quien quiero desenmascarar pidiéndole la firma para publicar su «Nocturno».

M. T. R.—Málaga.—¿Qué cual es la mejor fábrica de relojes de España? La casa Coppel, de Madrid. Da la hora, mucha economía y garantiza la buena marcha. Fíjese en que estas cosas no son literarias; pero por una vez, pase. Si usted necesita que le aprieten los tornillos, también Coppel lo hace maravillosamente.

Melibeo.—Sus «Enigmas» pudieran servir para una sección de pasatiempos que proyectamos. *Reincida* si ve que nuestros proyectos cuajan, volviéndolos á enviar más pulditos.

A. L. R. Como usted me autorizaba para cortar por donde quisiera... he cortado por lo sano. ¿Se venía usted de queda, pollo?

ROLANDO

MINGOTE
MAYOR, 88, ENTRESUELO

Sastrería militar y de paisano.—Trajes de etiqueta.—
Confección esmerada y gran economía.
ENVIOS A PROVINCIAS

MUNILLA, dentista.

Operaciones absolutamente *indoloras* con la administración del *Somnoformo*. Consulta, de 9 mañana á 6 tarde.

DESENGAÑO, 10 TRIPLICADO

FLORES CORDIALES

SEMENARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

Número suelto, 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana..... 120 pesetas.
Media ídem..... 60 »
Cuarto de ídem..... 35 »
Octavo de ídem..... 20 »
Segunda plana..... 100, 50, 25 y 15 »
respectivamente.
Tercera plana..... 90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves.—Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACION

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea fuera de la plana titulada «Los inéditos».

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.